

« semejante cosa, en tan notorio perjuicio de la libertad de sus reinos, que sus predecesores y él habian ganado de los paganos derramando su sangre, poniéndolos debajo de la obediencia de la Iglesia. Y que mas queria dejar de recibir la corona, que volver con ella con tanto perjuicio y disminucion de su preeminencia real <sup>1</sup>. »

§ CCVII.

*Batalla de las Navas <sup>2</sup>.*

Acababa de pasar de África á España el Amir-Amumenim-Muhamad-ben-Jacob, apellidado Abu-Abdala-Anasir-Ledinala <sup>3</sup>, reuniendo un ejército de medio millon de combatientes, entre los cuales figuraban 160,000 voluntarios que habian concurrido al *Algihed* ó guerra santa. Afortunadamente aquel inmenso ejército se detuvo ante Salvatierra cerca de ocho meses, dando tiempo á los Cristianos para prepararse.

El arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, pasó á Roma, y obtuvo de Inocencio III las gracias de una cruzada: él mismo la predicó por Italia, Alemania y Francia, y volvió con un ejército de cuarenta mil infantes y doce mil caballos, conducidos por los Arzobispos de Narbona y Burdeos, el Obispo de Nantes y otros muchos Señores principales. El Rey de Portugal, recién subido al trono, envió un corto, pero lucido ejército. D. Pedro de Aragon, bizarro y siempre valeroso, aunque atolondrado, acudió á Castilla con todo su ejército y la flor de sus reinos, llevando además en su compañía al Arzobispo de Tarragona y al Obispo de Barcelona. El Rey de Leon cometió la felonía de negarse á concurrir, á menos que se le devolvieran los castillos que decia haberle usurpado el Castellano, y aun trató de divertir las fuerzas de este, ocupadas en la santa empresa de salvar la Religion y el país. Mas generoso el Navarro, á pesar de los agravios que le habian hecho los Reyes de Aragon y Castilla, se unió á éstos

<sup>1</sup> Briz, fól. 679.

<sup>2</sup> Llámase por otro nombre de Muradal, por el pueblo á cuyas inmediaciones se dió: los árabes la llaman de Alacab.

<sup>3</sup> Es el que llaman nuestras crónicas Miramamolín-Mahomad-Enacer, corrompiendo los nombres de Amir-Amumenim (ó jefe de los creyentes) Muhamad-Anasir.

con buen golpe de gente, en el momento en que los cruzados extranjeros se retiraban á su país despues de haber tomado á Calatrava, que habia pasado á poder de los infieles, despues de haber sucumbido los caballeros de aquella Orden, que á la sazón perdian otra vez la flor de su milicia en el castillo de Salvatierra, ganado al fin por el Amir-Anasir <sup>1</sup>.

Mientras que los cruzados españoles ganaban las alturas de Sierra Morena de un modo que se creyó milagroso <sup>2</sup>, el papa Inocencio III cual otro Moisés, elevaba sus brazos al cielo por el triunfo de aquellos españoles que iban á combatir medio millon de musulmanes, que juraban poner la media luna sobre el templo de San Pedro en Roma y convertirle en establo de sus caballos. En la rogativa que se hizo por el triunfo de los españoles, el Papa iba á pié descalzo, y llevaba en sus manos el santo madero de la Cruz; se impuso á todos los romanos un dia de rigoroso ayuno, y el Papa celebró de pontifical para los hombres en la iglesia de Letran, mientras que todas las mujeres sin exceptuar las monjas, asistian á los oficios en la iglesia de Santa Cruz.

No corresponde aquí la descripción de esta batalla, hartó vulgar en nuestra historia y narrada fielmente por el arzobispo D. Rodrigo, que al lado del Rey contenia su ímpetu belicoso. Al ver á algunos de los soldados concejiles volver la espalda cobardemente, creyendo derrotado el ejército, volvióse el Rey á D. Rodrigo diciéndole: *Arzobispo, yo y vos muramos aquí.* — *No, Señor,* respondió el Arzobispo, *no moriréis, sino venceréis.* — *Pues avancemos,* replica el Rey lleno de coraje, *á socorrer á los primeros que están en gran peligro. Muramos aquí, Arzobispo, que esta es muerte honrada.* — *Dios os dará la victo-*

<sup>1</sup> Los setenta *fronteros* ó rabitos musulmanes que defendieron á Calatrava contra los cruzados salieron de allí por capitulación. Es probable que además de aquellos *setenta* hubiese mas tropa musulmana.

<sup>2</sup> Supónese que el pastor que guió á los cristianos para ganar las alturas de Sierra Morena fue un Ángel, y segun otros san Isidro Labrador. Es muy posible que no fuera sino un pastor de carne y hueso, pues el hecho nada tiene de extraordinario. La figura, que se dice representar aquel pastor, en la catedral de Toledo, tiene en las manos una muleta, distintivo en el siglo XII de la dignidad abacial, que unido á su traje talar, continente y capucha, le hace parecer mas bien un santo Abad mozarabe que no un pastor, cen perdon de los aficionados á tradiciones y otras cosas análogas.

ra, repone el Arzobispo, á quien, al par de una fe sincera, animaba el calor de la sangre navarra, y si dispusiere otra cosa, todos moriremos con vos.

Y la Providencia oyó los gemidos del Padre de los fieles y la confianza de los Prelados, y vió con gratos ojos el esfuerzo de aquellos cruzados, que antes de entrar en accion se habian purificado con la oracion y la penitencia. No necesitó, cual el Júpiter imbécil de los griegos, ver de qué lado caia la balanza, pues sabia desde la eternidad que aquella inmensa morisma quedaria allí exterminada. Sopló el viento de su ira, y medio millon de musulmanes corrió aguijado de las picas de los Cristianos, favorecidos visiblemente por la proteccion del cielo<sup>1</sup>. El estandarte del Amír-Anasir fue colocado como trofeo en el templo mismo de San Pedro en Roma, donde el bárbaro pensaba enarbolarlo en señal de triunfo, y la Iglesia de España, en memoria de tan gran suceso, solemniza el día 16 de julio el triunfo de la Santa Cruz, en memoria del que consiguió en igual día del año 1212.

§ CCIX.

*Muerte de D. Pedro II de Aragon en la guerra de los Albigenses.*

En la batalla de las Navas se habia distinguido el valeroso D. Pedro II de Aragon por su bravura, y aun estuvo á riesgo de perder la vida por su arrojo. Despues de perseguir con sus caballeros á los fugitivos<sup>2</sup>, al entrar por la noche en el pabellon del Amír, donde le esperaba el Rey de Castilla su primo, traia la lorica destrozada de

<sup>1</sup> Varios son los prodigios que refiere D. Rodrigo, como testigo de vista. Algunos de ellos merecen poca fe de los críticos modernos. La matanza de 200,000 musulmanes con pérdida de solos 25 cristianos, nos manifiesta que los partes militares del siglo XIII eran tan fidedignos como los del XIX. Añade el historiador que el caballo del canónigo de Toledo, Domingo Pascual, que llevaba la cruz arzobispal, se desbocó, y á pesar de haber cruzado por frente de los escuadrones enemigos y de haberle disparado una nube de flechas, salió sin lesion, trayendo muchas de ellas clavadas en el asta de la cruz, que en memoria de este suceso se venera en una ermita en tierra de Toledo.

<sup>2</sup> El P. Mariana al hablar de este asunto tradujo tan mal la crónica del arzobispo D. Rodrigo (lib. XI, cap. xxiv), que su narracion desfigura bastante el hecho. Dice entre otras cosas: «Que los reales de los enemigos robaron los «aragoneses:» los escritores de aquel país desmienten á Mariana con el texto mismo de D. Rodrigo.

un fuerte bote de lanza, lo cual dió lugar á que el Castellano le dijera: *Cormano, Señor sabor habia quien vos este golpe dió de lion criar Rey.*

¡Oh cuán feliz fuera D. Pedro el *Católico*, si aquella lanzada morisca pusiera fin á su vida en tan glorioso combate y defendiendo la fe de Cristo, como Pedro I y Alfonso el *Batallador*! Catorce meses de vida valia al Rey de Aragon el buen temple de su lorica, en mal hora templada, para que muriese con horror de los Católicos en 13 de setiembre de 1213 el que hubiera sido casi mártir sucumbiendo en 16 de julio del año anterior. No era que D. Pedro fuese mal cristiano, ni de tibia fe. En el concilio de Gerona (1197) habia firmado un decreto<sup>1</sup> en que mandaba expulsar de sus Estados á los Valdenses ó *Sabatatos*, llamados vulgarmente *pobres de Leon*, confiscando sus bienes, y mandando quemar á los que se encontraran. Terribles son los términos del decreto, y quizá jamás se haya dictado otro con mas duras disposiciones, ni de mas latitud, pues abraza á todas las herejías. Un español (Prisciliano) fue el primero á quien se impuso pena capital por hereje, y ahora el Vaudismo, que tenia muchos puntos de contacto con el Priscilianismo, era la primera herejía que se castigaba en España con la hoguera.

Mas esta pena, desconocida antes en España, era de importacion extranjera, y los franceses que tanto han denostado á España por el tribunal del Santo Oficio, eran los que hacia un siglo la estaban enseñando á los españoles<sup>2</sup>. Por una rara coincidencia, el primer rey de España que encendió hogueras contra los herejes, murió peleando por ellos.

Mas no se crea por eso que D. Pedro el *Católico* hubiera abrazado tales errores, ni tratara de sostener á los Albigenses el que habia mandado quemar á los Valdenses. Las historias de Aragon han puesto en claro los hechos, aunque no del todo<sup>3</sup>. Al regresar D. Pedro de

<sup>1</sup> Villanuño, tomo II, pág. 16: «Et si post tempus praefixum aliqui in tota «terra nostra duabus partibus rerum suarum confiscatis, tertia sit inventoris; «corpora eorum ignibus crementur.»

<sup>2</sup> Masdeu, tomo XIII, § 144, sienta y prueba esta proposicion: España corrige y descomulga á los herejes; Francia los quema.

<sup>3</sup> Abarca (tomo I de los *Anales de Aragon*, fól. 236 vuelto) defiende la memoria de D. Pedro el *Católico*, y presenta los hechos con bastante claridad. El Rey y sus caballeros se batieron con valor, pero los franceses, casi todos herejes, huyeron cobardemente, ahogándose muchos en el rio.

la batalla de las Navas encontró turbados y comprometidos sus dominios en Francia y ardiendo en guerras. El conde Simon de Monfort, bajo el manto de la religion, encubria proyectos harto ambiciosos, y no contentó con los feudos que le diera D. Pedro de Aragon, aspiraba á los vastos Estados de los Condes de Foix y de Tolosa. No por sostener la herejía, sino por defender á sus cuñados y feudatarios, exigió D. Pedro que se mitigara el rigor que con ellos se ejercia, y sobre todo, que se oyese en juicio á los Condes, y caso que se les castigara no se les privase de sus Estados, que debian ser patrimonio de sus hijos<sup>1</sup>. Esto contrariaba las miras de Simon de Monfort, que no queria trabajar de balde en la extincion de los herejes. Los Estados de Beziers y Carcasona le habian engolosinado para aspirar al inmenso condado de Tolosa. Conociendo el rey D. Pedro la sinrazon, armó un poderoso ejército de catalanes y aragoneses para ir en defensa de sus cuñados y feudatarios; pues si estos debian acudir al Rey con sus servicios, obligacion era de este salir á su defensa. En vano santo Domingo trató de persuadir á D. Pedro dejara aquella empresa, vaticinándole de parte del cielo las desgracias que este se encargó de justificar; ciego aquel corria á su ruina, y su liviandad le ofuscaba. Para librar á Tolosa de la opresion en que la tenia el castillo de Maurel, le puso rigoroso asedio. El Legado del Papa mandó á Simon de Monfort socorrer el castillo, y este con un puñado de gente escogida rompió el cordon y entró en el fuerte, llevando en su compañía varios Obispos y Abades y al mismo santo Domingo. Hallábanse los sitiados pocos días despues en el mayor apuro, y D. Pedro creia apoderarse del castillo por momentos, cuando Simon de Monfort hizo una repentina salida, en que mató á muchos de los nobles sitiadores y entre ellos al desgraciado D. Pedro, cuyo nombre quedó manchado á los ojos de los Católicos<sup>2</sup>.

La conducta de D. Pedro el *Católico* no se puede defender entera-

<sup>1</sup> Eran estos sobrinos del Rey de Aragon, pues los Condes de Tolosa estaban casados con doña Leonor y doña Sancha, hermanas del rey D. Pedro.

<sup>2</sup> Raynaldo, continuador de Baronio, en su furor contra los Reyes de Aragon, no solo acumula contra él anécdotas grotescas y noticias contradictorias, sino que desfigura groseramente los hechos: no es posible descender aquí á rebatir todas las imputaciones, en su mayor parte gratuitas, que acumula: baste advertir á los lectores que desconfien de las narraciones de Raynaldo en cosas de España y especialmente de Aragon.

mente; mas si se tienen en cuenta la ambicion de Simon de Monfort y los excesos que cometieron los cruzados, no se hallará tan vituperable la conducta de D. Pedro el *Católico*, á quien algunos historiadores acusan de hereje, al paso que á Monfort le preconizan por *santo*, para lo que le faltó bastante.

La muerte de D. Pedro se pinta como castigo de su herejía. Mas ¿cómo murió Simon de Monfort? El conde Ramon de Tolosa, ayudado de varios caballeros catalanes que lloraban la muerte de D. Pedro, se entró en Tolosa y echó á los hijos de Monfort. En vano puso sitio á la ciudad, pues murió al pié de ella, de una pedrada, y aun se supone que fue á manos de los catalanes, que le odiaban de muerte.

### § CCX.

#### *Los Albigenses en España.*

A la muerte de D. Pedro el *Católico* las ambiciones comprimidas estallaron en varios puntos de la corona de Aragon. D. Jaime I su hijo (el *Conquistador*) se hallaba en poder del conde Simon de Monfort, á quien se habia confiado su educacion algunos años antes. Trataba el Conde de casarle con su hija, dándole en dote los Estados que ganara á los herejes, y sirviéndole al mismo tiempo de rehenes contra los catalanes y aragoneses, que trataban de vengar la muerte de D. Pedro. Los tios de D. Jaime el *Conquistador* trataban de apoderarse del reino halagando las pasiones de los Señores; pero la lealtad aragonesa no se desmintió en esta ocasion. Vestidos de luto por la muerte del Rey, se presentaron al papa Inocencio III cuatro caballeros, entre ellos el maestre del Temple D. Guillen de Monredon, y reclamaron la persona de D. Jaime, que retenia el conde Simon, á quien retó D. Pedro Ahones, como á traidor, á presencia del Papa y consistorio. La Reina viuda<sup>1</sup> unió sus ruegos á los de aquellos va-

<sup>1</sup> Hallábase en Roma á la ratificacion de su matrimonio, cuya validez habia declarado el papa Inocencio, á pesar de la segunda instancia de D. Pedro. Don Jaime habia nacido de aquel matrimonio por una sorpresa, cuyos pormenores no son los mas decorosos para una historia eclesiástica. Baste decir que solicitando D. Pedro, con su habitual incontinencia, á una señora viuda, un rico hombre de Aragon sustituyó una noche en lugar de ella á su esposa doña Ma-

sallos leales, y el papa Inocencio mandó con censuras al conde Simon, que entregase á D. Jaime. Este fue conducido á Lérida en compañía del Legado de la Santa Sede, y allí le juraron los nobles aragoneses y catalanes, teniéndole en sus brazos <sup>1</sup> el arzobispo de Tarragona su tío D. Aspargo de la Barca (1014): para librarle de las asechanzas de sus tíos, y continuar su educacion militar, se le confió al Maestre del Temple, que le custodió en el castillo de Monzón.

En medio de las revueltas que afligieron á la corona de Aragon durante la minoría de D. Jaime, la herejía alzó osadamente la cabeza en varios distritos de Cataluña, como mas próximos á la Provenza, donde aquella habia cundido. El arzobispo D. Aspargo se vió precisado á ensayar todo el rigor de su autoridad contra los Albigenses de su territorio <sup>2</sup> empleando al mismo tiempo su doctrina. Ayudáronle mucho con su predicacion Raudulfo, prior de Escala-Dei, y los monjes Cartujos de aquel monasterio, recién fundado por D. Pedro el Católico. Mas no se logró por eso extinguirlos, pues todavía fue preciso que mas adelante (1233) el papa Gregorio IX designase al obispo de Vich, san Bernardo Calvó, para perseguir á los Albigenses en toda la provincia de Tarragona, dándole por coadjutores para su inquisicion al Prior de los Dominicos de Barcelona y á Fr. Guillermo Barberá, de la misma Orden. A pesar de eso no se logró atajar aquel mal en las montañas de Cataluña y especialmente en el obispado de Urgel. Ponce de Vilamur, obispo de aquella diócesis, habia excomulgado al Conde de Foix, como fautor de los herejes del condado de Castellbó (1237); pero le absolvió tres años despues. Volvió á excomulgarle algun tiempo despues (1243); pero el Conde le recusó como enemigo personal, y acudió á la Santa Sede. Al mismo

ría. Durante la noche el pueblo de Montpellier y todo el clero estuvieron orando en la iglesia por el buen éxito del engaño. A la mañana varios testigos entraron con lucés en la cámara del Rey, á fin de que este no pudiera negar la legitimidad de la prole, y el Rey, caballero, aunque liviano, celebró el ardid, y llamó feliz aquel engaño. Nueve meses despues nació en Montpellier D. Jaime el Conquistador.

<sup>1</sup> Tenia entonces D. Jaime seis años y cuatro meses.

<sup>2</sup> Villanueva, tomo XIX, pág. 178, manifiesta los males que causaban. El mismo en el tomo XX da la noticia de una donacion hecha por D. Sparago al monasterio de Escala-Dei por sus servicios contra los Albigenses hácia el año 1230.

tiempo el Cabildo se levantó contra el Obispo, y le acusó de crímenes tan feos, que, verdaderos ó falsos, le acarrearón la deposicion. Si los cometió ó no, Dios lo sabe, pues los críticos apenas se atrevieron á resolver <sup>1</sup>. Benito de Rocaberti, metropolitano de Tarragona, pasó á Berga cediendo á las instancias de san Raimundo de Peñafort, y acompañado de otros varios Obispos, dió sentencia contra ciento setenta y ocho acusados de herejía: fue esto hácia el año 1257. De los documentos de la época aparece que los religiosos Dominicos trabajaron con mucho celo, secundándoles tambien los Franciscanos.

No era solamenté en Cataluña donde se presentó aquella hedionda herejía. Viósele aparecer triunfante en Leon, punto harto remoto de Francia, y que nos permite conjeturar los estragos que quizá haria en puntos intermedios. La relacion de aquel suceso la dejó D. Lucas, obispo de Tuy. Hallábase vacante aquella iglesia por andar discordes los canónigos en la eleccion de Obispo, y los herejes aprovecharon aquella ocasion para introducir en ella su absurda doctrina. Principiaron á propalar que se hacian milagros en un muladar que habia en la ciudad, donde se hallaban enterrados un hereje y un facineroso: manaba allí cerca una fuente, y llevando gente sobornada que se fingian cojos, ciegos y enfermos, y bebiendo de aquella agua, aparentaban quedar sanos: mezclaron tambien sangre con el agua atribuyéndolo á prodigio. El vulgo con su habitual ligereza creyó el embuste: los huesos del hereje, llamado Arnaldo, fueron desenterrados, edificóse allí mismo en edificio donde se principió á dar culto al hereje y al homicida. ¡Apenas se concibe tal barbarie en tan ilustre ciudad! Los herejes tenían dos objetos en esta maldad; burlarse de la credulidad de la gente religiosa, y confirmar á sus adeptos en el error de que todos los milagros de la Iglesia católica eran por el estilo, para lo cual les descubrian los artificios de que se valian en sus apócrifos milagros.

Tan pronto como llegó esto á noticia de los frailes Dominicos principiaron á predicar contra aquel culto sacrilego y nefando, apoyándoles igualmente los Franciscanos y algunos clérigos que salieron á la palestra. Los Obispos comarcanos fulminaron excomuniones contra

<sup>1</sup> Véase sobre estos oscuros sucesos á Villanueva, tomo XI, pág. 80 y sig., y los apéndices del 23 en adelante, en los cuales hay cartas muy curiosas de san Raimundo de Peñafort.

aquellos herejes y sus sectarios, mas en vano, pues el mal habia echado hondas raíces. Los Dominicos y Franciscos se vieron tratados de herejes por aquellos fanáticos. Afortunadamente llegó á Leon un Diácono de aquel país, que venia de Roma, y lleno de celo principió á declamar contra el error, acusando á sus conciudadanos de mancillar el nombre de España, y que brotasen ahora herejías en aquel punto de donde salieran antes tan justas y santas leyes. Amenazóles con la ira de Dios, y que mientras durase aquella abominacion, ni lloveria, ni cogieran cosecha, como les sucedia, desde que diez meses antes habia principiado aquel culto nefando. Decia esto el buen Diácono ante el Concejo, y el juez le preguntó si respondia él de que lloviera caso de que se demoliere el templo de los herejes. Lleno de fe el Diácono, ofreció que si le daban permiso para esto respondia con su vida y hacienda, de que lloviera antes de ocho días.

Dios quiso probar á este nuevo Elías con una señal harto dura. Al día siguiente de haber demolido la iglesia se quemaron muchas casas de la ciudad, y el pueblo novelero, azuzado por los herejes, corrió á matar al Clérigo, que en vez de agua enviaba fuego; mas bien pronto su rabia se trocó en admiracion y respeto, cuando al octavo día sobrevino abundante lluvia, que mejoró el estado de los campos. Animado con esto el Diácono, y valiéndose del ascendiente que le daba aquel prodigio, continuó persiguiendo á los herejes hasta que logró expulsarlos de la ciudad. Continuaron á pesar de eso valiéndose de groseros artificios para seducir al pueblo, y en especial se dedicaron á echar cartas por los montes, que suponian caídas del cielo y ofrecian perdon de los pecados á quien las copiara y extendiera. Noticioso el Diácono de este nuevo artificio, salió por los montes con algunos católicos, y la Providencia permitió que encontraran á uno de los herejes encargado de esparcir aquellas cartas, que á la sazón se hallaba dando alaridos por haberle mordido una culebra.

Aquel celoso diácono era el mismo D. Lucas, despues digno Obispo de Tuy, que por modestia calló su nombre al referir los portentos que la Providencia obró por su medio contra los Albigenses <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Véase Florez: *España sagrada*, tomo XXII, pág. 108 y sig. de la segunda edicion. Véase tambien el § CCXXII de este período.

## CAPÍTULO IV.

RELACIONES ENTRE LA IGLESIA DE ESPAÑA Y EL ESTADO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIII.

### § CCXI.

*San Fernando y D. Jaime el Conquistador.*

A mediados del siglo XIII cuando reinan en Castilla y Aragon san Fernando y D. Jaime el *Conquistador*, se goza una de las eras mas venturosas de España. Iguales ambos en valor, generosidad é instrucción, tienen tantos puntos de contacto é intimidad, que por grandes que sean sus figuras, deben colocarse juntas en un cuadro. Iguales ambos en su perseguida juventud, ven disputada su corona por sus próximos parientes y principales súbditos, con los cuales tienen que venir á las manos en varias ocasiones; ambos casados prematuramente, ambos escritores y muy letrados para su tiempo, ambos principian la grande obra de uniformar la legislación de sus reinos <sup>1</sup>, á pesar de los fueros y cartas pueblas dados á sus hermosas conquistas; ambos fundan las mas bellas iglesias de España introduciendo en ellas el estilo gótico puro, sustituido al bizantino; ambos fomentan la marina en sus respectivos Estados, y consiguen hacer respetable su pendon lo mismo sobre las aguas que en tierra firme; ambos persiguen á sangre y fuego los herejes de sus países; ambos conquistan los principales reinos que restaban en poder de infieles dentro de España; ambos pretenden cruzarse para conquistar el sepulcro de Cristo, y se ven obligados á desistir de esta empresa. El uno gana á Córdoba, Sevilla y Jaen, el otro á Valencia, Murcia y Mallorca, concluyendo sus victorias sobre los infieles, cuando ya no hay musulmanes que vencer dentro de sus Estados. Solo resta por conquistar el pequeño reino de Granada, al cual hace tributario san

<sup>1</sup> San Fernando principió á redactar un código general con el título de *Setenario*, que no pudo concluir y dejó encomendado á D. Alfonso el *Sábio*, su hijo, que lo llevó á cabo.